

CAMBIOS Y CONFLICTOS EN EL MUNDO ACTUAL

Bertrand Badie.

Profesor en el Institut d'Études Politiques de París, experto en relaciones internacionales y coeditor de la *International Encyclopedia of Political Science*.

A partir de los cambios producidos por la globalización en los imaginarios sociales y las nuevas características de los conflictos, el autor explica la necesidad de volver al sentido primario de la diplomacia. Así, el compañero del diplomático debe dejar de ser el soldado y los desafíos sociales deben convertirse en los temas centrales de la agenda internacional.

Las relaciones internacionales ya no existen. Transitamos una nueva era, que deberíamos denominar de *Relaciones intersociales*. Y el paso de las relaciones internacionales a las relaciones intersociales es fuente de crisis y, sobre todo, de una visibilidad muy débil de los fenómenos internacionales que hoy se producen. Las clases políticas y los dirigentes, extraordinariamente conservadores, cometen un error muy grande, ya que no quieren ver esta mutación y tratan los conflictos internacionales de la actualidad como se los trataba en los tiempos de la Batalla del Marne o de la Guerra de Crimea.

Esto se debe a aquello que todo el mundo nombra, pero que nadie tiene en cuenta: la *globalización*. Que no es un fenómeno económico, es, en principio, un fenómeno tecnológico que está relacionado con la revolución de las comunicaciones. Hoy todo el mundo ve a todo el mundo, y puede comunicarse directamente con todo el mundo, sin demoras. Recuerdo que en mi juventud, no hace tanto tiempo, cuando queríamos llamar al exterior debíamos tomarnos un día de trabajo, pedir una línea internacional en el correo y, al cabo de cuatro o cinco horas, teníamos lo que mis padres llamaban "una línea internacional", que se cortaba después de dos minutos. Mientras que hoy, con un teléfono celular, todo el mundo habla con todo el mundo, más allá de las fronteras y por encima del control de los Estados, lo cual es



Niños soldado del Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán. Sudán meridional.

una fuente extraordinaria de regresión de lo político, porque efectivamente lo político no tiene más ese monopolio de la distancia que tenía en el pasado. La autoridad del Estado-nación se basaba en parte en esa distancia, ya que daba un sentido al territorio nacional.

Eso quiere decir que, con la globalización, estamos en un mundo triplemente nuevo: por un lado, inclusivo, es decir, por primera vez desde Adán y Eva, toda la humanidad está reunida en una misma arena. Por otro, es un mundo interdependiente, ya que ahora todo el mundo depende de todo el mundo. Lo que quiere decir que el juego de *suma cero* ya no tiene sentido. Lo que yo gano, tú no lo pierdes, y lo que tú ganas, yo no lo pierdo. Es lo que nuestros amigos chinos llaman el modelo *win-win*, que implica que la principal preocupación de los dirigentes chinos sea que la economía europea o la economía norteamericana no se derrumben. Y finalmente, estamos en un mundo de movilidad, porque la comunicación es tal que se ha vuelto banal en nuestra forma actual de movernos. Es decir, estamos en un mundo en el que las migraciones son cada vez más importantes. Hace cincuenta años, representaba el dos por ciento de la población mundial, hoy es del tres por ciento. El aumento no es aterrador, pero es significativo. Y jamás se cuestionará. Entonces, ¿por qué la Unión Europea gastó, desde el año 2000, trece mil millones de euros para impedir la inmigración, mientras que ésta no ha retrocedido? Por el contrario, el inmigrante es el futuro del mundo. Algo muy difícil de explicar en las campañas electorales de la Francia de hoy.

Desarrollaré sólo tres ideas que explican que estamos en un mundo en el que las relaciones entre las sociedades son lo que marca la agenda internacional.

La primera es que, frente a una parálisis creciente de la política (todo el mundo habla de la crisis del Estado del Norte, de la crisis del Estado del Sur, de la pérdida de legitimidad del

Estado, de la pérdida de legitimidad de los políticos, del ascenso del populismo, etcétera), ésta debe analizarse a la luz del hecho de que lo esencial de los desafíos internacionales es que hoy son más que desafíos geoestratégicos, esencialmente desafíos sociales. El Informe sobre Desarrollo Humano que publicó en 1994 el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, es el documento poscolonial más bello que se haya redactado. En él se explica que la paz del mundo depende de la seguridad humana. En primer lugar, de la seguridad alimentaria. Debemos tener en cuenta que mueren nueve millones de seres humanos al año a causa del hambre. De estos, la mitad son niños. El hambre en el mundo provoca el equivalente de ocho ataques al World Trade Center por día en el mundo. Todavía, casi ochocientos millones de personas no cubren sus necesidades alimenticias y los efectos de la malnutrición se hacen sentir sobre dos mil quinientos millones de personas en el mundo. Seguridad alimentaria, seguridad económica, seguridad en materia de salud, seguridad ambiental, seguridad individual, seguridad cultural, seguridad política. Se deben considerar estos desafíos sociales como los temas centrales de la agenda internacional, más centrales cuando las opiniones públicas y las dinámicas sociales se expresan de manera cada vez más fuerte en la escena mundial. Esto es lo que transforma lo internacional en intersocial.

La segunda es el tema esencial de la globalización de los imaginarios sociales. Para explicar esto voy a recurrir a una sola imagen. Antes, el miserable moría en silencio en un contexto rural, ignorando incluso que la riqueza y el poder existen. Hoy, la miseria se ha urbanizado y, con el auge de las comunicaciones, aquel que vive en la agonía de la inseguridad humana ahora sabe que hay un mundo de ricos y poderosos. Entonces, esta transformación del imaginario hace que, en la imaginación de aquellos que sufren, la acusación caiga rápidamente sobre los ricos y poderosos, caracterizados como occidentales y, más aún, como cristianos o infieles. El problema es que este imaginario social que se globaliza no afecta sólo a las zonas de gran pobreza, sino que afecta todos los aspectos y todas las dimensiones del espacio mundial, incluidas las zonas de pobreza, frustración y humillación de las sociedades ricas. El fenómeno del bretón francés cristiano que se convierte al Islam y se vuelve yihadista, pasa a ser algo corriente en nuestro juego internacional contemporáneo. Es la expresión misma de esta intersocialidad que se está construyendo. Evidentemente, la humillación en esta condición pasa a ser un parámetro esencial de las dinámicas internacionales y de toma de conciencia en el seno del espacio mundial.

“

El hambre provoca el equivalente de ocho ataques al World Trade Center por día en el mundo. Todavía, casi ochocientos millones de personas no cubren sus necesidades alimenticias y los efectos de la malnutrición se hacen sentir sobre dos mil quinientos millones de personas en el mundo.

”

La tercera es que esta transformación del mundo –casi parodiando a Karl Polanyi, pero en el camino de Mary Kaldor– da un nuevo sentido al conflicto. Podemos notar claramente una serie de elementos de ruptura en la historia de la conflictividad mundial. El primero es el doble fin de la potencia. En el pasado, la guerra era una competencia entre poderosos, lo que llamábamos la *guerra westfaliana* o la *guerra clausewitziana*, donde los poderosos actualizaban su poder entrando en una competencia. Hoy ya no son los poderosos los que originan las guerras o, en todo caso, los que causan directamente las guerras, sino los débiles. Europa ha dejado de ser el campo de batalla del mundo que había sido durante siglos. Hoy, el campo de batalla del mundo ocupa una zona que va desde la costa atlántica de Mauritania hasta el límite de África, y desciende hacia la cuenca del Congo, que enseguida vuelve a subir, a través de Yemen, y hasta la Mesopotamia, y en Afganistán. Es decir, en zonas de debilidad. La guerra es la reacción a la debilidad y al derrumbe del Estado. República Centroafricana,

República Democrática del Congo, Yemen y Afganistán, reaccionan frente a la debilidad de la nación y del contrato social. La guerra en Siria, Irak o Mali es una reacción a la debilidad de los índices de desarrollo humano. Si tomamos la clasificación del PNUD en cuanto a desarrollo humano, nos sorprenderá ver que todos aquellos que están más abajo en la clasificación se encuentran en situaciones de conflictividad casi endémica: Somalia, Sierra Leona, Mali, República Democrática del Congo. Y si buscamos en Asia la clasificación del PNUD, los peor clasificados en análisis del desarrollo humano son Yemen y Afganistán.

El fin de la potencia se percibe también en la incapacidad para regular estos nuevos conflictos. Estados Unidos no gana una guerra desde 1945. Excepto en 1983 que venció a la Isla de Granada, donde la superpotencia nuclear norteamericana logró hacer frente a un ejército de noventa y nueve hombres.

“
Estados Unidos no gana una guerra desde 1945. Excepto en 1983 que venció a la Isla de Granada, donde la superpotencia nuclear norteamericana logró hacer frente a un ejército de noventa y nueve hombres.
 ”

Detrás de esto se ocultan nuevas dimensiones de la conflictividad: la aparición de las sociedades guerreras, es decir sociedades que viven gracias a la guerra. Guerras que se perennizan. Afganistán está en guerra desde hace casi cuarenta años; la República Democrática del Congo, con altos y bajos, está en guerra desde su independencia, hace cincuenta y seis años; Somalia lo está desde fines de los ochenta; etcétera. Esta perennidad hace que la guerra otorgue a la sociedad medios de subsistencia que la paz ya no le ofrece. Se crea una economía de guerra, pero, sobre todo, una autoridad política de sustitución que cumplen el rol de señor de la guerra, pero igualmente de protección social. La guerra se vuelve, paradójicamente, el medio último para proteger a sociedades que son incapaces de protegerse a sí mismas. Níger es un país en el que el setenta por ciento de la población tiene menos de treinta años. Para un joven nigerino que desea sobrevivir, la mejor opción es emigrar, a riesgo de terminar en el fondo del Mediterráneo o, si tiene suerte, de recibir todos los días la injuria no sólo de la población francesa, sino de la casi totalidad de los candidatos a la presidencia de Francia. Si no puede emigrar, la opción que le queda es volverse niño soldado. En el mundo, según Unicef, hay cuatrocientos mil niños soldados, pero considera a los menores de 16 años; si tomamos el umbral de 18 años, no estamos lejos de los seiscientos mil. Ese niño, desde el momento en que es miembro de una milicia, recibe alojamiento, protección, alimento y, a cambio del horror, recibe la ilusión de la respetabilidad, porque tiene un Kalashnikov en el hombro.

Más allá de las sociedades guerreras, que están hechas para durar, tenemos las guerras rizomáticas. Esto significa que ya no estamos en guerras territorializadas, en guerras de terreno, sino en guerras que se diseminan. Utilizo el término *rizoma* porque es más simpático que el término *metástasis*, pero la idea es la misma. Es decir, una guerra en espacios creados por solidaridad conflictiva. Es la historia del bretón cristiano convertido al yihadismo, que va a importar la violencia del conflicto mesopotámico en el seno de Saint-Denis o en el centro de la ciudad de París. No olvidemos que la mayoría de los atentados que hemos sufrido en Francia no fueron perpetrados por personas que ingresaron del exterior sino por personas nacidas en el territorio nacional, de padres que con frecuencia habían nacido en el territorio nacional. Es decir, la ficción migratoria es una ficción, una vez más, absurda. Estas guerras rizomáticas conducen a una conflictivización generalizada en todo el planeta. Incluso en la Argentina lo han sufrido. ¿Hay en el mundo un país en el que no se depositen estos rizomas? Frente a esto, es necesario reinventar completamente la diplomacia.

Esto significa que es necesario volver al sentido primario de la diplomacia. Robert Sharp decía que la diplomacia es el arte de manejar la separación. Término que hemos invertido. Hoy la diplomacia es el arte de tomar una taza de té con nuestros amigos y excluir al enemigo, no hablarle, boicotearlo, sancionarlo, no darle la mano sino la espalda. Y esto, evidentemente, genera humillación y vuelve imposible toda forma de integración. Es necesario construir una diplomacia social que sea el relevo natural de las diplomacias estratégicas del pasado. El compañero del diplomático no es el soldado, es la ONG, el actor social, y su interlocutor son las sociedades.

Detrás de esta reconstrucción de la diplomacia, es necesario tener en mente la reconstrucción de la soberanía. Hoy tenemos tres tipos de política exterior. El primero es un pos soberanismo que se asocia con una globalización liberal. Es la visión neoconservadora que sostiene la difusión generalizada de los valores liberales más allá de las soberanías, las cuales ya no tienen razón de ser, que son, en todos los casos, inferiores en esencia a los valores del liberalismo.

El segundo tipo se ve encarnado en Donald Trump, en Vladimir Putin y en Tayyip Erdogan. Esta postura mantiene la idea de soberanía. No es pos soberanista, por el contrario, desconfía de rendirse a la globalización. Postula recuperar el capital soberano de los Estados, en nombre de un neo-nacionalismo que se afirma y frente al cual la globalización deberá aceptar quedar en un segundo plano. Pero esto es imposible. Y es la razón por la cual este trumpo-putino-erdoganismo termina en la banalidad del populismo. Porque no desembocan en ninguna forma de gobierno posible.

El tercer tipo, que sería el ideal, consiste en asociar la globalización con una soberanía redefinida. Es decir, una soberanía no de carga nacionalista, sino una soberanía de protección. Donde la soberanía está destinada no a cortarme del mundo, sino a regular mis relaciones con el mundo y, especialmente, a protegerme de los efectos excesivos de las formas de dominación o de transgresión del juego soberano. Es interesante ver cómo China, y también Brasil, India o Sudáfrica, manejan esta idea. Ninguno de estos Estados rechaza la globalización, por el contrario, la aprovechan y mucho; pero ninguno rechaza la soberanía. No son trumpo-putino-erdoganistas, porque se niegan a considerar que la globalización debe someterse al nacionalismo. Consideran que la soberanía debe armonizar con la globalización sin que una anule a la otra. Evidentemente, el modelo es difícil de mantener, pero justamente se mantendrá gracias a una intersocialidad. Porque la prueba de la intersocialidad es neutralizar los efectos agresivos del nacionalismo, y hacer de las relaciones intersociales un elemento de regulación de la globalización ●

.....